

# Delirios de oro, conquista, amor y muerte



JOSÉ M<sup>o</sup> FERNÁNDEZ-LUNA



# Índice

PRÓLOGO.....	9
COSTA DE LA MUERTE.....	17
LA MAR DEL SUR.....	261
FUROR DOMINE .....	461



Así terminó Vasco Núñez Balboa, el descubridor de la mar del Sur, de donde tanto oro, perlas y otros valores envió a España; el hombre que tan gran servicio había prestado al rey; el hombre que había sido tan querido por sus soldados.

FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA

Balboa es uno de los héroes más extraordinarios de tal epopeya geográfica, personaje de novelesca vida, superior a Cortés y Pizarro, pero tuvo la desgracia de morir joven sin encontrar las riquezas que éstos en sus descubrimientos y conquistas.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ



# Prólogo

Ciudad de Acla

Enero del año 1519 de Nuestro Señor Jesucristo

Fray Andrés le dirigió una mirada piadosa al hombre, que permanecía sentado frente a él. A pesar de la oscuridad que reinaba en casa de Juan de Castañeda, donde el prisionero seguía encerrado a la espera de su ejecución, pudo observar sus ojos inyectados en sangre, la mirada perdida, como ausente, y el óvalo de su rostro bronceado por el sol del trópico, oculto en parte bajo la barba que ribeteaba las pronunciadas líneas de sus labios. En la solemnidad de su gesto descubrió el desorden mental que le originaba, al reo, tener que enfrentarse a la muerte sin más armas que el dolor, la soledad y la impotencia.

Había escuchado su confesión en completo silencio, incluso se permitió el privilegio de absolver sus pecados antes de que lo hiciese el mismísimo Dios. Conocía demasiado bien a Vasco Núñez de Balboa; no en vano, había sido uno de los sesenta y siete españoles que, junto al intrépido capitán nacido en Jerez

de los Caballeros, atravesó selvas y ciénagas, cargadas de peligros, y escalado elevadas montañas hasta llegar a la mar del Sur. Pedrarias podía condenarle a muerte, incluso difamar su nombre, debido a la supuesta rebelión urdida en contra de la Corona, acusación insostenible que ningún soldado de Santa María de la Antigua del Darién —al margen de quienes traicionaron su confianza— quiso refutar por miedo a las represalias del gobernador, pero la gloria y la reputación de su nombre perdurarían en los anales de la Historia durante siglos.

—¿Es lícita la decisión de don Pedro? —quiso saber el condenado antes de morir.

Era una cuestión delicada, difícil de responder, sobre todo si se tenía en cuenta que había recibido el favor del rey al serle otorgado el título de Adelantado de la mar del Sur y Gobernador de Coiba y Panamá; siempre, claro está, bajo la mirada crítica de don Pedro Arias Dávila.

—Vos mismo dijisteis, tras el destierro de Nicuesa, que aquí solo impera la necesidad de sobrevivir, y que acogerse a la justicia del rey resulta casi imposible porque su potestad queda al otro lado del mundo —le recordó el franciscano—. Los comisionados que envía la Casa de la Contratación aplican leyes que ellos mismos tergiversan en su propio beneficio. Don Pedro no es distinto a Enciso o Nicuesa, si acaso más arrogante.

A Núñez de Balboa le hubiera gustado decirle que su suegro era el propio diablo, un hombre sin escrúpulos que no soportaba la idea de compartir la gobernación con alguien que se le había adelantado en el descubrimiento de la mar del Sur, y que esa era en realidad, y no otra, la causa de su detención y posterior ajusticiamiento. Pero no hizo falta, ambos lo sabían.



—Quizá debí tomarme más en serio mi matrimonio con doña María de Peñalosa, aunque de nada sirvió desposarme con la hija de don Pedro —se lamentó—. El odio que ese hombre siente hacia mí va más allá de sus deberes y obligaciones, tanto éticas como jurídicas.

—Tal vez —fray Andrés se encogió de hombros—. Eso queda en vuestra conciencia.

No quiso recriminarle su amancebamiento con Anayansi, la hija del cacique Chima, jefe indiscutible del poblado de los indios cueva; quizá otra de las causas que motivaron su arresto. Porque, ¿qué padre no se sentiría ofendido y deshonorado, viendo cómo su yerno se entregaba todas las noches en brazos de una salvaje?

—¿Y qué sabéis de la instancia intercesora que Valderrábano envió a don Gaspar de Espinosa? —Balboa cambió de conversación.

—Don Pedro ha desestimado todas las alegaciones.

—Y cuando haya muerto... ¿Quién guiará la expedición al Birú? ¿El propio Pedrarias? ¿O quizá el traidor de Francisco Pizarro y su buen amigo Diego de Almagro?

—No creo que haya ninguna expedición. Hay rumores de que don Pedro, a la espera de que el rey Carlos envíe a Lope de Sousa para sustituirle en la gobernación, piensa instalar aquí, en Acla, la capital de las tierras conquistadas en Castilla de Oro, o tal vez lo haga al otro lado del istmo, en el golfo de San Miguel. Existen varias hipótesis, pero nadie conoce cuál será la decisión final de ese miserable.

Una araña enorme y peluda, del tamaño de una bola de algodón, surgió de debajo de una tabla podrida que había en el

suelo. De forma sigilosa se acercó al lugar donde estaba sentado Balboa. Cuando la tuvo bajo sus pies la pisó de tal modo que, al escuchar el crujido del caparazón al romperse, el franciscano sintió revolverse el estómago.

—Acla no es mejor que La Antigua, un proyecto de ciudad en plena selva donde será difícil que los hombres se acostumbren a vivir, a menos que exista un aliciente que les impulse a seguir conquistando esta tierra —añadió Balboa, creyéndose en la obligación de recordarle la máxima decretada, años atrás, por el rey Fernando y la Casa de la Contratación, en Sevilla: descubrir, relatar, poblar—. Hacia el suroeste, a varias semanas de distancia, existe un poderoso imperio cuyo rey come en vasijas de oro, un pueblo culto, extraordinario, capaz de erigir ciudades amuralladas tan altas como bastiones palaciegos, cuyos habitantes viajan en barcos como nosotros y utilizan animales de carga que se asemejan a los camellos africanos.

—¿Creéis esas historias que cuentan los indios?

—No es ninguna patraña, padre, y vos lo sabéis. Lo intuyo del mismo modo que presentí que había un mar al otro lado del istmo. También Francisco Pizarro sabe de su existencia. Panquiaco y el cacique Tumaco nos lo dijeron. ¡Todos lo escuchamos!

A la subida de tono de su voz le precedió un largo y sepulcral silencio.

La tarde trajo consigo oscuros nubarrones. Cabía la posibilidad de que lloviera aquella misma noche. Balboa se preguntó si tendría la suerte de sentir la caricia del agua en sus mejillas antes de que lo decapitaran. El mero hecho de pensar en que no habría un nuevo amanecer, ni siquiera un rayo de esperanza al que poder aferrarse en aquellos momentos de angustia,

consiguió que su alma experimentase una sensación de vulnerabilidad como nunca antes había sentido.

Fray Andrés de Vera se le acercó un poco más para ofrecerle consuelo. Hizo el amago de apoyar su mano en el hombro de Balboa, pero este rechazó con amabilidad su gesto compasivo.

—No he sufrido lo indecible en la selva para ceder ahora a la desesperación —Balboa se puso en pie. Arrastró los pies cargados de grilletes hasta alcanzar la tronera del viejo barracón, dándole la espalda al sacerdote. Desde allí pudo ver el cadalso donde habrían de ejecutarle en breve junto a Luis Botello, Hernando Muñoz, Andrés de Valderrábano y Hernando de Argüello, sus colaboradores y amigos más leales—. Afrontaré la muerte sin ningún temor.

—Lo sé. De ello dan fe mis ojos, que aún guardo en mi memoria nuestro encuentro con los indios, las fiebres, el hambre y los pantanos. Por esa misma razón no debéis tener miedo. La muerte es el descanso de todo hombre y a ella hemos de rendir pleitesía antes o después.

Balboa desoyó las prédicas doctrinales del franciscano. Hablar de la muerte no le iba a devolver su oportunidad de vida, de descubrir nuevas tierras en nombre de la Corona. De nada servían ya las palabras. Los hechos eran lo único que importaba, y la razón de ser de un auténtico conquistador.

—Dadme vuestra bendición, fray Andrés, y luego id con Dios —evitó mirarle para que no descubriera la turbación de su espíritu—. Como comprenderéis, necesito estar a solas.

El clérigo acogió con agrado la decisión del condenado a muerte. Estaba seguro de que la soledad le acercaría a Dios en aquel trance tan amargo.

Se acercó a la puerta y llamó al soldado de guardia a través de la tronera. El celador se dispuso a abrirle, tal como le habían ordenado que hiciera una vez finalizada la confesión. El chirrido ruginoso de la barreta de metal violentó la quietud de la celda. La escasa luz del crepúsculo iluminó el decrepito lugar donde permanecía encerrado el prisionero, en pésimas condiciones. Fray Andrés abandonó la casa de Juan de Castañeda, llevándose consigo la imagen del hombre que antaño había efectuado mil proezas en beneficio del rey. Por simple misericordia, rogó a Dios por la salvación de las almas de sus jueces y asesinos.

Balboa se sintió abandonado y, por lo tanto, indefenso. Abortada la expedición cuyos preparativos le llevara tantos años organizar, su único refugio fue buscar consuelo en el descubrimiento de la mar del Sur y en la experiencia de una vida plena de aventuras. Nuevas glorias les aguardaban a otros hombres, amigos suyos —o por lo menos lo fueron en su día—, suerte que él mismo anhelaba por encima de todo en aquel instante. A pesar de ello se resignó. Incluso, llevado por la ironía y el buen humor que tanto le caracterizaban, llegó a pensar que era mejor perder la cabeza con dignidad que acabar en el estómago de un indio antropófago, en el fondo de un pantano de arenas movedizas o despedazado a dentelladas por un caimán, un trágico final que sufrieron cientos de soldados como él.

Se echó a reír creyendo estar loco.

En su delirio se acordó de Anayansi, el amor de su vida, la única mujer por la que hubiera sido capaz de enfrentarse él solo, espada en mano, a un ejército de indios caníbales. La hija del cacique Chima le había proporcionado momentos inolvidables que jamás le hubieran ofrecido las refinadas cortesanas de Valladolid, y mucho menos las meretrices de Sevilla; instantes maravillosos que sería imposible agradecerle en su

justa medida, aunque transcurrieran mil años. Ella le había revelado el lenguaje oculto de la naturaleza, enseñado a comprender las extrañas costumbres de su pueblo, a descifrar los misterios de la selva, y a sobrevivir en aquellas tierras indómitas e inexpugnables donde tantos hombres habían perdido la vida. Pero, ante todo, le había enseñado el significado de las palabras fidelidad, ternura y admiración. Ahora, Anayansi estaba allá afuera, escondida en algún lugar de Acla, soportando en silencio y a solas el fragor de la angustia sin comprender el motivo de su encarcelamiento, a la espera de su inminente ejecución.

Los recuerdos hieren a veces, los suyos quemaban como gotas de bronce fundido sobre la piel.

A pesar de los varios intentos por aplacar sus emociones, cedió al impulso de la desesperación y comenzó a llorar. Tratando de rehacerse de su debilidad tomó asiento en el suelo, sobre las tablas húmedas y putrefactas en cuyas juntas anidaban todo tipo de insectos. Retrajo las piernas para abrazarse a ellas. Apoyó la cabeza en las rodillas. Sus párpados se cerraron al sentir en la frente la cálida textura de sus calzas de lana. Deseaba escapar de aquel oscuro barracón, huir, embarcarse en un bergantín que partiese rumbo a lo desconocido, dejar atrás leyes caprichosas y autoritarios decretos. Huiría en busca de nuevas tierras, de nuevos mundos. Nadie le detendría, ni siquiera el Tribunal de la Real Audiencia de Santo Domingo.

Ya lo había hecho una vez, nueve años atrás...